

## Ataques a la Iglesia

En el mes de abril han proliferado acusaciones, amenazas y ataques contra la Iglesia y sus sacerdotes. La Fuerza Armada acusó públicamente a la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado de participar en una campaña de desprestigio en contra del país y de ella misma porque semanalmente publica informes objetivos de las violaciones de derechos humanos.

En boletín del Partido ARENA, y campos pagados de la Fuerza Armada, acusaron al P. Segundo Montes, S.J., director del Instituto de Derechos Humanos de la UCA, de defender el terrorismo del FMLN.

El sacerdote Walter Guerra, de la diócesis de Sonsonate, fue acusado en la prensa de ser cura "liberacionista," como si eso —en lugar de ser una correcta descripción de la función sacerdotal, pues Jesús y el mismo Dios aparecen como "liberadores" en la Escritura— fuese la máxima condena.

*El Diario de Hoy* puso en boca del coronel Orlando Zepeda —sin que éste las desmintiera— duras palabras contra la UCA, la cual tendría conexiones con el FMLN y, más grave, en ella se prepararían los atentados de los comandos urbanos, todo esto dicho poco después del asesinato del Fiscal General de la República. De hecho, a los pocos días, explotaron en la UCA poderosos artefactos que causaron daños materiales y pusieron en peligro la vida de una familia que tiene su casa en el lugar del ataque.

El vicepresidente electo, Francisco Merino

acusó por televisión al P. Daniel Sánchez, párroco benemérito de una paupérrima zona marginal, de formar parte de comando urbano, el cual, según él, dinamitó su vivienda. Como prueba de tan grave acusación, sólo adjuntó la declaración extrajudicial de unos capturados en los cuerpos de seguridad hace unos meses.

Esta acumulación de hechos contra la Iglesia —más la escalada de represión a movimientos sindicales y populares en forma de abundantes cateos y capturas— muestra cómo está el país y, también cómo está la Iglesia. Por lo que toca a la situación del país, puede discutirse si la proliferación de ataques a la Iglesia es casual o concertada; pero lo que parece indiscutible es que el triunfo de ARENA ha envalentonado a las fuerzas oscuras que continúan en el país, más o menos patentes o latentes según los casos, y que éstas están actuando de forma más prepotente, con relación al pasado inmediato, y recuerdan los últimos años de los setentas antes de que se desatara una cruel persecución contra la Iglesia.

Lo que más llama la atención, sin embargo, no son las acusaciones y difamaciones, pues, contra la UCA, los jesuitas y el arzobispado, pueden leerse ataques frecuentes, sobre todo en *El Diario de Hoy*, sino que éstos provengan de instituciones oficiales, de la Fuerza Armada, del Partido ARENA y del vicepresidente electo, lo cual es mucho más grave.

Llama también la atención el que se hagan

acusaciones muy concretas y muy graves, sin acudir para ello la más mínima prueba convincente, lo cual es incomprensible en instituciones de las cuales depende nada menos que el gobierno del país y la conducción de la guerra. De esta forma se lesionan muy gravemente los derechos de los falsamente acusados; pero, además, se falta gravemente al respeto que merece el pueblo salvadoreño, y, en definitiva, a la verdad que sigue siendo la gran ausente en muchas de las altas esferas del país. Decir que la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado desprestigia al país, cuando lo que hace es analizar objetivamente las violaciones de los derechos humanos —del lado que fuere—, cuando por ello ha obtenido premios internacionales y cuando la misma Fuerza Armada no ha podido desmentirla en los casos en que se le acusa a ésta de violarlos, muestra la voluntad de ignorar la verdad; y, eso, como método habitual. Confundir lo que es un análisis científico de las causas del terrorismo y su prolongación previsible, si no se llega a la paz, con apología del terrorismo es ignorancia supina o es clara mala voluntad. Afirmar, un vicepresidente electo, que un sacerdote es responsable de actos dinamiteros contra su casa sin más pruebas que la declaración de detenidos en los cuerpos de seguridad, es menosprecio al juicio del pueblo salvadoreño —como si éste no supiera con qué métodos se sacan tales declaraciones—, es grave irresponsabilidad de quien va a ser importante funcionario del gobierno y es temeridad al poner en peligro las personas de los mencionados.

Las fuerzas oscuras del país se han envaletonado, pues, y, lo peor, es que han encontrado altavoces de quienes se esperaba mucho mayor sentido de verdad y de justicia, o al menos mucho mayor tacto político. Está por verse si esta campaña va a continuar. De hecho, en las dos primeras semanas de mayo ha cesado. Como además de injusta y falsa esta campaña es poco "política," es muy probable que fuerzas más sensatas, aunque fuesen también de la derecha, hayan aconsejado su cese. A Cristiani indudablemente, no le interesa comenzar su mandato con el estigma de una persecución irracional a la Iglesia.

Ni tampoco a la embajada de Estados Unidos. Además, El Salvador de 1989 no es el de 1976. La red de solidaridad internacional, los numerosos campos pagados de organismos internacionales en defensa de los atropellados, los miles de telegramas de ciudadanos norteamericanos a su embajada muestran que ahora no se puede actuar tan impunemente como hace algunos años.

Todo esto, sin embargo, algo bueno ha generado: una reacción clara, valiente y unida de la Iglesia y su jerarquía, Los obispos de San Salvador, Mons. Rivera y Mons. Rosa y el obispo de Sonsonate, Mons. Di Pietro, han defendido públicamente a sus sacerdotes. También Mons. Romeo Tovar, presidente de la conferencia episcopal, aunque en otras situaciones se ha mostrado excesivamente simplista— ha salido en defensa del P. Daniel Sánchez. El nuncio, Mons. Francesco de Nitis, se hizo presente en la UCA con ocasión de la misa en recuerdo de Mons. Romero y de la inauguración del Centro Monseñor Romero para mostrar su solidaridad con la UCA y los jesuitas. Esta reacción unánime de la jerarquía no suele ser muy frecuente en el país, y es importante.

Pero quizás lo más notable de la reacción de la Iglesia ha sido el pasar a la ofensiva, y no sólo mantenerse a la defensiva, para defender importantes principios de convivencia social y condenar posibles prácticas del futuro gobierno si se dejase llevar por la dinámica a la que apuntan los hechos expuestos y otras declaraciones de militares y funcionarios. Así, entre otras cosas, los obispos han denunciado cuán grave sería que prosperase la propuesta del vicepresidente electo de que el Partido ARENA tuviese su propia red de inteligencia, lo cual haría caer al país en un estado policial; cuán grave sería coartar la ganada libertad de expresión, que Oficina de Tutela Legal del Arzobispado fuese perseguida o las homilias dominicales, transmitidas por televisión oficial, dificultadas; cuán grave sería —aunque ahora ya es práctica usual— dar credibilidad oficial a declaraciones obtenidas en los cuerpos de seguridad, muchas veces bajo presiones y torturas. No es que se trate propiamente de un



enfrentamiento entre la Iglesia y el futuro gobierno; pero sí puede hablarse de una reacción de firmeza, mayor que la habitual, ante la acumulación de ataques. Indudablemente, la menor connaturalidad que la jerarquía eclesiástica siente hacia el futuro partido gobernante que hacia la democracia cristiana, algo explica de esa firmeza. Pero no es sólo eso. Mons. Rivera, en concreto, suele defender la Oficina de Tutela Legal del Arzobispado y a sus sacerdotes, sobre todo si son acusados públicamente por la Fuerza Armada; suele hacerlo ponderadamente, con moderación. Pero las últimas acusaciones son tan directas contra la Iglesia y tan burdas que constituyen una verdadera provocación. Quizás las envalentonadas fuerzas oscuras han querido echar un pulso con la Iglesia; si es, así les ha salido mal. La Iglesia ha aceptado el reto y ha respondido con firmeza.

Esa misma firmeza ha mantenido Mons. Rivera en dos polémicas en las cuales se ha visto envuelto en los primeros días de mayo. Una es la salida de unos cien lisiados del FMLN, iniciativa propiciada por Mons. Rivera, de acuerdo a su

práctica de humanización del conflicto, y combatida por la asamblea legislativa, la fiscalía y algunos militares. La otra es su desaprobación a la constitución de defensas civiles patrióticas, pues eso no sería otra cosa que echar más leña al fuego de la guerra y sembrar todavía más la inseguridad en la ciudad. De hecho, el ministro de defensa las disolvió, pero algunos militares y los grupos de derechas lo aplaudieron. A Mons. Rivera esto le ha valido varios ataques, expresados en su forma más burda en las palabras del conocido ultraderechista Edgar Chacón: Mons. Rivera "conspirador" y "debería recetarse cinco años de retiro en alguna montaña." De nuevo, Mons. Rivera se ha mantenido firme.

Preguntémosnos por último por qué esta campaña, precisamente, contra la Iglesia. Es tristemente verosímil el ataque inmisericordemente a movimientos populares y sindicales. Pero ¿por qué la Iglesia? Ante todo, hay que recordar que existe una larga tradición de ataques a la Iglesia salvadoreña, que en su día fue una auténtica persecución. En su tiempo la atacaron FARO y

ORDEN; los nombres cambian, pero las fuerzas oscuras permanecen. La conclusión es la siguiente: siempre que la Iglesia hace un juicio del país desde las mayorías populares, siempre que dice la verdad sobre el país y siempre que intenta defender a los pobres, surgen ataques que llegan, a veces, hasta la persecución. De esto existe una larga tradición —una de las que con orgullo puede invocar la Iglesia—, y es bueno recordarlo. Cuando Pablo VI publicó su encíclica *Populorum Progressio* fue tildado de comunista. El arzobispo Luis Chávez fue insultado en los periódicos por los FARO de entonces. A Mons. Romero lo llamaron de todo —y algunos celebraron su asesinato con champán. Mons. Rivera ha sido considerado desde antiguo como obispo de la izquierda y aún hoy, en una línea de actuación más ponderada, es tenido por marxista y comunista —así se ha expresado algún coronel— y por él indagan, con sospecha, a los capturados en los cuerpos de seguridad. Los ataques vienen de lejos, pues, y no debieran sorprender. Lo trágico es que en veinte o treinta años las fuerzas oscuras nada hayan aprendido, nada hayan reflexionado sobre lo acertado de esta actuación de la Iglesia y pretendan recurrir a los mismos métodos para intimidarla.

Sacar a luz la verdad es algo a lo que siempre temen las tinieblas. Se haga esto con la sencillez pastoral de Mons. Chávez, con la audacia de Mons. Romero o con la ponderación de Mons. Rivera, la verdad no es tolerada, es sentida como amenaza por las fuerzas oscuras. Y como la

verdad, cuando es proclamada por la Iglesia, es captada como la verdad pronunciada en nombre de Dios, la amenaza que se siente es una amenaza última. Lo trágico es que en lugar de moverse a conversión las fuerzas oscuras quieren eliminarla. ¿Qué otra cosa, en efecto hace hoy la Iglesia sino decir con suma ponderación que Dios no puede estar de acuerdo con la realidad del país, que la pobreza clama al cielo, que la sociedad no está estructurada en favor de las mayorías, sino en favor de unos pocos, que los escuadrones de la muerte y el ejército han cometido abominaciones, que la guerra está destruyendo al país, en vidas y en recursos, que lo único razonable es poner eficazmente fin a la guerra a través del diálogo y la negociación? Nada de esto gusta oír a muchos, aunque la Iglesia también condene la destrucción y los actos terroristas del FMLN. Sigue habiendo muchos poderosos que no se lo perdonan y quieren callar su voz.

Por eso, la Iglesia no siempre es atacada ni todos en ella son igualmente atacados. Pero cuando dice la verdad y pone en práctica la opción por los pobres, entonces comienzan las sospechas, los ataques, las amenazas. La firmeza de la Iglesia en estas últimas escaramuzas ha sido notable. Eso constituye un bien para la Iglesia misma, pues así da testimonio. Pero es un bien también para el país, pues recuerda que cualquier solución tiene que estar basada en la verdad y no en la mentira.

H. O.